

Carta desde La Habana. Una caída, una risa, un crimen

José Aníbal Campos

La mañana del 21 de octubre de 2004 mi teléfono móvil no paró prácticamente de sonar ni un minuto. Amigos de todos los confines de España y de Europa, cubanos y no cubanos, sabedores de que habitualmente no suelo estar pendiente de los telediarios, mucho menos para estar a la caza de noticias sobre Cuba, me llamaban para darme o comentar la «espectacular» noticia: Fidel Castro había tropezado la noche antes en un acto público en Santa Clara y todas las emisoras estaban transmitiendo la imagen del comandante en el suelo.

Sintonicé el telediario de Televisión Española a las tres de la tarde y allí lo vi: efectivamente, no era una falsa alarma de las que suelen venir de la Florida: en verdad el «Hombre», el «Caballo», el «Jefe», el «Invicto Comandante» se había caído. Una caída estrepitosa, lamentable, patética. Una caída, en el fondo, como las que sufren diariamente decenas de miles de ancianos en todo el mundo. En este caso tan publicitado, sin mayores consecuencias para la integridad física del gobernante, salvo en lo que atañe, claro está, a su imagen.

La verdad es que, por mucho que lo intenté, no pude compartir el júbilo de algunos de mis compatriotas al ver la caída. Si algo me enseñaron mis padres, si algo aprendí viendo a mi venerable y querido abuelo asturiano envejecer, es que no hay nada divertido en la caída al suelo de un anciano. Eso, que conste, me lo enseñaron mis padres, es algo que me dicta en todo caso mi propia sensibilidad, pero no me lo enseñó el sistema en que nací y me formé hasta los 37 años. Ha sido una práctica habitual de quienes defienden obcecadamente el sistema cubano —y de quienes se le oponen de una manera no menos irracional— atribuir determinadas virtudes o defectos humanos universales y ancestrales a los cambios introducidos en la sociedad cubana a partir de 1959. Por lo tanto, desde ese punto de vista, unos u otros podrían argüir que la imposibilidad de reírme de la caída del comandante se debe a un supuesto lavado de cerebro en esas casi cuatro décadas de

(de)formación de mi personalidad o, en un extremo opuesto, a una cualidad adquirida gracias al sistema educacional «revolucionario». Nada más alejado de la verdad. Lo cierto es que un mínimo de ética ante el mal paso del enemigo no ha sido precisamente una de las enseñanzas del sistema cubano. Uno de los principios de Fidel Castro, y de ese sistema que él ha diseñado a su imagen y semejanza, es que contra el enemigo todo vale, incluido el más burdo escarnio ante cualquier simple traspié de un adversario. No hay presidente de Estados Unidos al que la mala suerte le haya hecho cometer algún desafortunado «error de etiqueta» en público que no haya sido blanco —*ad nauseam*— de las burlas de los medios de comunicación cubanos: lo mismo Bush padre en una recepción en Japón en los 80, Bill Clinton y los escándalos sobre sus amoríos con Mónica Lewinsky, o Bush hijo al caerse de una bicicleta; y esto por tan sólo mencionar a los últimos tres presidentes. ya que la práctica se remonta a los inicios mismos de la llamada Revolución: cuando yo era niño, la tradicional copla popular conocida como «La Chambelona» incluía el famoso estribillo de: «Nixon no tiene madre porque lo parió una mona», que también se le coreó, sin variación, al demócrata Jimmy Carter. En ese sentido, hay que decir que una congresista furibundamente anticastrista como Ileana Ross-Lethinen ha tenido muchísima mejor suerte en la «antroponimia revolucionaria» del castrismo, ya que, en una imaginaria heráldica faunesca, una «loba feroz» tendría mucha más categoría que una «mona» a secas. (Todo eso —y ahora sin sarcasmos— sin tener en cuenta que el sustantivo «mona» para aludir a las progenitoras de los presidentes estadounidenses, encierra un componente profundamente racista que implica a un buen por ciento de la población femenina cubana, pues constituye un apelativo despectivo para referirse a una mujer de piel negra.)

El insulto, el golpe bajo, el escarnio público, la chismografía, el rumor malintencionado, la abierta calumnia han formado parte del repertorio «defensivo» de la «Revolución» y de su larga, desconsoladora y, sobre todo, tediosa «batalla de ideas».

Pero, volviendo a la caída, es preciso decir que los medios occidentales, al menos la gran prensa española y alemana, fueron, en la mayoría de los casos (empezando por el diario *El País*, uno de los blancos preferidos de los ataques de una publicación como *La Jiribilla*, dirigida por el llamado «Grupo de Análisis» del Instituto Cubano del Libro, una curiosísima entidad aglutinadora de la «inteligencia», ya que agrupa a intelectuales y a ex miembros de los servicios secretos cubanos),

objetivos a la hora de presentar y abordar el incidente: ni un solo insulto leí en los varios diarios que cayeron en mis manos por esos días, ni un solo comentario *ad hominem*; algunos, incluso, apenas podían disimular cierto tono elogioso por la manera en que Castro se incorporó y determinó enseguida las fracturas que tenía, ese «¡Estoy entero!» que dio la vuelta al mundo, gracias, precisamente, a una práctica periodística de la que no puede vanagloriarse ningún medio estatal dentro de Cuba: informar con imparcialidad incluso los malos pasos de personajes con los que no simpatizan o que incluso detestan. El daño, por suerte para el gobernante, no era demasiado. Pero algo sí había sufrido una profunda y quizás irreversible conmoción: su imagen.

Han sido varios, muchos, incluso muchísimos los intentos de la Agencia Central de Inteligencia estadounidense por eliminar físicamente a Fidel Castro. No lo han conseguido. De todo ello, de esos intentos (cuyo número, según la reiterada versión del propio Castro, asciende a centenares) y de los obvios fracasos a la hora de materializarlos, ha surgido todo un mito: el del invencible Comandante ante cuya figura los asesinos comienzan a temblar. El tema siempre es presentado para los cubanos de la isla como una suerte. Según esta versión, la integridad física del Comandante ha sido una verdadera fortuna, incluso un milagro para los que viven dentro de Cuba, un milagro que ha garantizado la continuidad, hasta hoy, del liderazgo histórico de la Revolución y de sus indudables logros sociales. Pero el problema tiende a complicarse apenas se comienza a poner en una balanza logros y fracasos, apenas se compara el triunfalista discurso oficial con la depauperada realidad del que tan alejado se encuentra aquél. Por lógica casi física, si los deméritos empiezan a superar a los méritos, la balanza sentimental ante la integridad física del Gran Benefactor comienza a inclinarse hacia el otro lado.

Hace algunos años, mientras asistía a una apolítica y divertida fiesta organizada por un grupo bastante nutrido de amigos e intelectuales cubanos con unos alemanes que visitaban La Habana en calidad de turistas —y entre cuyos presentes había, incluso, varios admiradores de Fidel—, alguien nos trajo la noticia del por entonces último intento de atentado contra el gobernante cubano, planificado, creo (entre tantos intentos la memoria me falla), durante una visita del presidente cubano a la República Dominicana. La reacción —casi unánime— de los compatriotas que allí estaban fue preguntar: «¿Y no lo consiguieron? ¡Pues qué pena!», a lo que siguió una carcajada general.